

Tres demonios de nuestra época (diagnóstico y pronóstico)

El anuncio de la filosofía moderna no se abre –cual el anuncio del cristianismo– con la «Anunciación» que un ángel bueno, Gabriel, hace a una virgen de nombre María, sino con el anuncio que un demonio hace a un francés de nombre Descartes, allá por 1641.

Demonio innominado, del que Descartes nos dice en la segunda Meditación que es *summe potents, summe callidus* –sumamente potente, sumamente astuto. Había el bueno de Descartes experimentado, o sido tentado, por su suma potencia y suma astucia. Pero Descartes –que se tenía por más poderosamente astuto que tal «engañador» cuyo nombre no sabe –deceptor, *nescio quis*– lo desafía y cree haberlo vencido diciéndole: «engáñame cuanto quieras; no hay duda de que existo, aun si me engaño», «Pienso, luego existo», es una afirmación: «engáñame si puedes» es un desafío.

De no añadir Descartes a eso de «summe potents» esotro de «sumamente empeñado en engañar» nada menos que a todo un francés, creeríamos tratarse de Dios, de El Omnipotente, que es la única manera suma de ser potente. Pero Descartes se curó en salud, por más avisado que el italiano Galileo; y por saber, educado entre jesuitas, que el terreno filosófico era, teológicamente, más grave y resbaladizo que el astronómico. Y calló el nombre de Dios. Que en realidad de verdad –digámoslo ahora que no corremos peligro alguno– todo el poder de Dios

no llega para engañarme en cuanto a que existo por, en y mientras pienso. No se lo ha propuesto, dice Descartes, por ser infinitamente veraz y bueno. Y por estos dos atributos tampoco se lo puede proponer. Y Descartes se quedó tan tranquilo, confiado y seguro.

A semejanza del Dios del Antiguo Testamento, permite el del Nuevo, al demonio, que tiene filosóficamente al francés Descartes, cual en otro campo más humilde y aun rastrero –de bueyes, ovejas...– se lo permitió respecto de Job.

Igual permiso había sido concedido por Dios a otro demonio, también innominado, para tentar a Jesús. Digamos que Jesús-Dios se dejó tentar. El demonio no había olvidado aún que, allá, hacia mucho tiempo, o un eón, supo más teología que todos los teólogos pasados y futuros, juntos o separados.

Descartes es el primer caso de tentación filosófica diabólica. «Engáñame si puedes» en eso de «pensar, yo, existir», que estoy tratando de hacer de todo eso nada menos que fundamento cierto e incommovible del filosofar. Tal es el desafío al demonio. Al revés de la Anunciación del ángel a María, aquí el anuncio parte, al parecer, de Descartes y se lo enrostra al demonio, al sumamente potente y astuto: le anuncia el advenimiento al mundo de un nuevo filosofar. La filosofía moderna parte de y es un gran desafío.

Yo, yo existo, yo pienso, yo quiero, yo siento... dejan de ser, desde Descartes, simples afirmaciones de vulgares hechos de cotidianos hombres, despiertos a ratos o espabilados, cual filósofos. Yo, yo, yo... es el gran desafío moderno.

En filosofía se llama con nombre, oficialmente decoroso, «sujetivismo».

En la vida –con un nombre oficialmente feo, más real, larga y morosamente acariciado en secreto– llámase «egoísmo».

Dos formas de lo mismo.

Ya la física del bachillerato enseña –y creemos entenderlo– que la luz, salida de una chispita en un rincón el más oscuro, se propaga en ondas concéntricas por el universo, a la velocidad inimaginable de trescientos kilómetros por segundo, de modo que en cosa de ocho minutos llega al Sol, y en un segundo pudiera dar ocho vueltas a la Tierra.

Yo pienso, yo existo, fue chispa del egoísmo, saltada en un rincón de Francia, y en ese rinconcito mental, siempre a media luz, que es la filosofía. No pensó Descartes que eso de yo, yo y

siempre yo –y esotro conexo, de mí, mí, mí... propiedad privada, empresa privada, religión privada...– serían las ondas realmente difundidas de «yo», que, salidas de un centro filosófico, se propagarían por el mundo humano, y cambiando de intensidad, de brillo, de coloración, llegarían a abarcar y afectar a religión, arte, economía, sociedad, técnica, y por supuesto a la filosofía. Todo eso, en la época griega y medieval, fue posesión de un Nosotros, y de cada uno, no en cuanto yo, sino en cuanto miembro de un Nosotros –de nosotros los fieles de... los súbditos de... Desde Descartes créese uno, aun filosóficamente, autorizado, a ser todo eso cual peculio de yo–, ser de cada uno en cuanto yo, yo, yo. Todo, no de Nosotros; sino mí, mí, mí.

El pronombre posesivo singular de primera persona asciende por obra y gracia de «yo pienso»: de «Yo, Renato Descartes pienso», cual centro de propagación, por centro del chispazo, a categoría amorosamente cultivada por el género humano.

De yo, de mí, de mí, de ego, egoísmo, egocentrismo, egolatría; de yo, yo mismo, de mismísimo yo; de yo consciente de mí, o de sí, ensimismado, están ya llenos el cielo y la tierra, el mundo y el mercado.

Descartes, inocente de él –*náil* por si se entera mejor desde el otro mundo diciéndolo con palabrita de su tierra, y no con la castellana–, creyó vencer en un desafío, que le pareció filosófico, a El Engañador, sumamente sutil, pillito, astuto. Y el Demonio se lo dejó creer; que el Demonio «ya veía en lontananza el fruto cierto». Y Fray Luis de León me perdone la cita.

Lo que consiguió don Renato fue no tan sólo fundamentar –firme, incommovible– la filosofía, sino diseminar el yo por el cuerpo social, civil, religioso, económico, artístico... Infectar todo y a todos de yo, de mí, de mí. Y en vez de la antigua idolatría, que al menos suponía haber dios, consiguió justificar decorosamente la egolatría. Y fundar además una egolatría consciente de sí, mimada, acariciada, cultivada, larga, amorosa, morosamente. Que tal es la forma de «yo pienso» en nuestros tiempos, al cabo de correr la luz de esa chispa los años que van desde 1641 a 1986. Y aún no para de difundirse ni de cambiar de forma: que, hablando de Descartes, bueno es repetir la frase justísima: «plus ça change, plus c'est la même chose».

Estamos uno por uno, yo por yo, posesos del diablejo del egoísmo. Y si no posesos, sí, al menos, continua y gravemente tentados. Posesos los más, tentados el resto.

En 1687 salen a la luz pública los *Principios matemáticos de filosofía natural* de Newton, en solemne latín, formuladas las leyes y demostrados lemas y corolarios según el lenguaje y método de la geometría de Euclides y no cual nos pareciera ahora natural, formulados y demostrados por cálculo infinitesimal o de fluxiones del que era ya Newton fundador y secreto señor. La formulación y desarrollo explícito de la física, mediante el cálculo infinitesimal –diferencial e integral–, se introducirá poco a poco; y al llegar a los finales del siglo XVIII y principios de XIX, ostentará deslumbrantemente tal carácter por obra de dos franceses: el marqués Pierre Simon de Laplace (1749-1827) y Lagrange (1736-1813).

Laplace, el de la *Mecánica Celeste*, descubrió, entre sorprendido y espantado, las posibilidades –llamémoslas «ilimitadas», para evitar las pretensiones divinas de la palabra «infinito»– del cálculo infinitesimal. Y discretamente atribuyó o transfirió a un Demonio, a una inteligencia –innominada también, cual demonio cartesiano–, la posibilidad de calcular el pasado y el futuro del universo con base en unos datos y unas leyes: «dadas las posiciones y cantidades de movimientos iniciales de los cuerpos, y sabidas ya, desde Newton, las leyes del universo, es posible realmente, o factible, calcular la historia entera del universo y su futuro perfecto». Calcular lo que sucede en parte tan pequeña cuanto se quiera (infinitesimal) y lo que pase en partes tan grandes cual el sistema solar, o en el universo –cosmología. Y todo ello, abarcando el tiempo desde infinitamente pasado a infinitamente futuro: desde siempre y para siempre. Posibilidad científica de futurología y pasadología, si se aceptan las dos palabrejas tan mal formadas filológicamente la una como la otra: híbridos de latín y griego.

En principio le era ya posible hacerlo a cualquier hombre; y más a él, a todo un Laplace. Pero la técnica calculatoria de sus tiempos no daba para ello; y lo pasó a cuenta de un Demonio. Todo es calculable, todo está ya calculado. Determinismo matemático.

«Destino», decimos a veces, para zafarnos de importunas exigencias integrables desde siempre y para siempre. De eternidad a eternidad.

No pidamos a Laplace que nos calcule un futuro determinado: el que interese a mí, a ti, a él. Para que nadie se lo pida y

se lo exija algún inoportuno, o marquesita, nos remite, o la remitió, a un Demonio –sin dar ni nombre ni dirección.

Van ya dos trampas diabólicas, sutiles y bien disimuladas, en que el hombre ha caído ¡y tan a gusto!: egoísmo y determinismo. Descartes y Laplace, primeros tentados por Demonio. Los posteriores, tentados en eso por diablejos. Tentación: interpretación subjetivista e interpretación matemática del universo, y plan de vida con proyecto matemático y con designio individual.

Y el consiguiente –matemáticamente posible y técnicamente inevitable– montaje de máquinas para mí –para el yo individual que tales maravillas intelectuales descubriera y dominara por la técnica para sí mismo. No voy a traer aquí la definición de máquina que N. Wiener –el fundador de la cibernética– trae en su obra *God and Golem, Inc.* (1969). De ello se hablará con ocasión, próxima, del tercer demonio: el de Maxwell. Y de la tercera tentación que sutilmente nos puso, y en la que deliciosamente hemos caído.

Bástenos por el momento con la caracterización sumaria y sugerente de máquina que da el mismo Wiener: máquina es una especie de primer motor. El famoso Primer Motor aristotélico –movilizado por los teólogos medievales para «mover», de manera filosóficamente presentable, a la teología– resultó ser nada y nadie menos que Dios en persona –o en esencia, sea dicho para hacer barata gala de sutilezas teológicas. Nuestras máquinas son primeros motores en minúsculas: reservemos las mayúsculas para PRIMER MOTOR. Pero tales motores, materiales por la apariencia, tienen la ventaja de estar montados para el hombre y por el hombre. Toda máquina es, con una forma externa u otra, automóvil, es decir, limpiando tal palabra de su corriente y manoseada significación, «motor de por sí». ¡Qué suerte la de que el automóvil se mueva de por sí, se mueva él, que el camión se mueva él, que la locomotora Diesel se mueva ella, y el televisor funcione él... ¡Y nosotros, cómodamente sentados! De por sí, mas para ser primeros motores. Que trabajen perfectamente ellas, y no tenga que trabajar yo. ¿Qué más pidieran los dioses olímpicos?

El egoísmo doble, cartesiano –por fundador del mecanicismo físico matemático, y por fundador del subjetivismo–, fue causa, propia y suficiente, para que, venida al mundo la concepción determinista matemática del universo, y su secuela real, el mecanicismo universal, se pudiera imponer al mundo de los motores de por sí, a las máquinas, la finalidad de para sí.

Cristo dijo, Él, espontáneamente, que había venido al mundo para servir y no para ser servido. Lo dijo Él, el PRIMER MOTOR, por ser Dios en esencia. Las máquinas, o los dioscecillos mecánicos, están en el mundo para servirnos –a mí, a ti. Y el yo vigila el que cumplan. La Revolución Industrial es, con una frase suficientemente aquí, primero: invención de dioscecillos sirvientes, sirvientes, no con la repulsiva cara de esclavos o siervos humanos, sino con la faz de máquina; y segundo, por obra del egoísmo, la revolución industrial resultó revolución capitalista: dioscecillos sirvientes a servicio de Yo, y aquí entra cada uno, uno por uno, yo por yo; y cuaritos menos entren, mejor para UNO. Monopolio. Los demás, a servicio de las máquinas, y nada de hacer cara de esclavos y siervos. Y todo: obreros y máquinas, a MI servicio. Forma de ateísmo real: dioscecillos al servicio de Un hombre; y a trabajar sin huelgas. De ello se encarga el determinismo, ejemplar actuante en la máquina moderna.

Egoísmo, determinismo, mecanicismo,
maquinismo.

Descartes y Laplace se pasaron de listos. Pero nosotros –uno por uno, yo por yo– nos pasaríamos de tontos hacia estúpidos, si no cayéramos en cuenta de que son trampas diabólicas en que hemos caído.

Trampa sutil, cuando van juntos los cuatro; y trampa delicosa cuando los tres últimos están a servicio del primero.

III

En 1827 desaparece Laplace de Francia y queda su Demonio haciendo acto de presencia en el espíritu de sus obras físico-matemáticas, y en cuerpo de las máquinas. Revolución industrial de deslumbrador inicio.

Trasladóse el demonio a Inglaterra. Allí había nacido en 1831, por obra de varón y mujer, un hombre llamado Clerk Maxwell. De esto estaba enterado el demonio quien, según teólogos medievales, habita por castigo en aire caliginoso –y debía estarlo ya entonces el de allá, por inveteradamente mala costumbre de los ingleses. Pero eso de un inglés más, y hereje por nacimiento, no debió preocuparle gran cosa. Sí, y mucho, cuando vio que, manipulando con manos matemáticas electricidad y gases, había llegado a descubrir las ecuaciones diferenciales parciales del electromagnetismo y la ley de distribución de velocidades de los gases. De aquellas ecuaciones diferenciales se

sigue por lógica matemática la existencia de ondas electromagnéticas. Un Demonio, o espíritu puro, bueno o malo, no ve qué se siga por demostrar; lo ve simplemente de golpe; lo intuye. Para que lo matemáticamente posible pase a real, sólo hace falta dentro de un universo determinista y mecanicista un inventor: una ocurrencia. La tuvo Hertz en 1891 de la existencia de ondas electromagnéticas en un laboratorio a su existencia en el mercado, hay nada más un salto, tras otra ocurrencia. Y lo dio y la tuvo un espabilado italiano Marconi. La telegrafía sin hilos viene al mundo casi sin más, en un ambiente matemático –mecanicista y mercantil. Y por generación casi espontánea se multiplicará hasta llegar a constituir esa industria y comercio de los medios de comunicación de masas –palabra horrenda, aplicada a humanos–, ambiente en que todos, casi desde el nacimiento, estamos sumergidos y adoctrinados.

Por ese mismo tiempo, Boltzmann en Viena trabajaba, como Maxwell en Inglaterra, en electricidad y teoría de los gases. El *motto* del prólogo de su obra *Teoría de la electricidad y de la luz, según Maxwell* (1908) aplica a las ecuaciones de Maxwell unas palabras de Fausto que el demonio de Maxwell, compañero de infortunios eternos de Mefistófeles, conocía muy bien:

«*War es ein Gott, der diese Zeichen schrieb?*
«¿Era todo un dios, quien tales signos escribió?»

¿Maxwell, un Dios? Eso, sólo tenía derecho histórico a decirlo el demonio respecto de un hombre primero en su orden –a un Adán, o al inventor y creador de un mundo nuevo u océano cósmico de invisible luz, cual el de los campos electromagnéticos que, desde Hertz y Marconi... nos envuelve, y en que, según la frase del Nuevo Testamento, «nos movemos, vivimos y somos».

¿Se propasó Boltzmann al decirlo? ¿Inspirado por el demonio? ¿Inspirados los dos contemporáneos por el mismo Demonio?

Los dos, Maxwell y Boltzmann, trabajaban de consuno en teoría de los gases.

No sé cuándo se inventó eso de hablar uno por boca de otro, habla por procurador y altavoz. Claro que uno está tentado de hacerlo cuando no puede hacer y decir lo que quería, y le duele confesar semejante impotencia suya. Al Demonio –de nuevo, innominado– lo movilizó Maxwell para aprovechar unos márgenes estadísticos de la ley –de su ley– de la distribución

de velocidades en los gases en función de la temperatura... Había elementos –moléculas, átomos, corpúsculos...– que se apartaban de la velocidad media que lleva la inmensa mayoría de las partículas. Se apartaban unos, por velocidad superior a la media; otros, por menor. ¡Con qué ganas, y qué éxito, si Maxwell hubiera podido inventar una máquina o procedimiento para acoplar directamente moléculas de gran velocidad con las de menos, y establecer así una corriente de energía inagotable, en contra de ese estado mediano, uniforme, equilibrado de la inmensa mayoría! Máquina de círculo cerrado entre selectos, frente a la calma chicha de un mar de mediocres. En termodinámica clásica recibiera tal máquina la denominación, honrosa y codiciada, de «perpetuo móvil de segunda clase». Y tendríamos los hombres dos clases de primeros motores: la máquina corriente engendro de mecanicismo –mas sometida siempre a la entropía, o ley de beneficios energéticos decrecientes– y la máquina de movimiento perpetuo, sin pérdida del capital energético.

Maxwell se quedó con las ganas y proyecto de ella. Sólo un Demonio podría construirla, sin gasto de energía suya, por un simple «laissez faire, laissez passer», solamente por dejar pasar por válvula adecuada a la que nadie, y menos un hereje, iba a rociar con agua bendita.

Van dos intentos humanos de ser como dioses, o de disponer y crear primeros motores y motores perpetuos que esto es en el fondo toda máquina: todo un proyecto, diseño, decisión y éxito de ser como «dios» o como suele decirse, sin saber gran cosa del valor de la palabra: tal es su plan.

Tal total: mecanicismo de segunda potencia, Mecanicismo diabólico y diviniforme.

El Demonio que tentó a Adán y a Eva acertó con la fórmula de tentar a hombres: «seréis como dioses, por saber la ciencia del bien y del mal». El saber ético diviniza.

Hacia el siglo XIX y en el XX –¿y más en el XXI?– a los hombres tentará el demonio el hacerse dioses mediante el saber físico-matemático mediante una técnica basada en ambos. Y con eso los tentó, y no con ciencia ética.

El Demonio sabe, sospécho, que, tomado en serio, es éste un proyecto eficaz de divinización. Mas creo que el demonio no nos tiene tan buena voluntad. Eso de ser o hacemos dioses ha de conquistarse paso a paso y por propios méritos –de ciencia y de técnica. Mas nos ha tentado, y aun hecho caer, en tantos y

tantos, en la tentación de convertir o pervertir máquina e inventos con baratijas y novelerias.

Y para que nos entendamos mejor aquí, en Venezuela. en vez de «baratija» –y sus equivalentes castellanos de chirimbo-los, cachivaches, chucherías– digamos «corotos» y «coróticos». Para la inmensa mayoría de los hombres, y en hombres quedan comprendidos las mujeres, la máquina, los inventos –todo ello creaciones con que no sólo imitamos a Dios creador sino que nos acercamos a ser como él, a su omnipotencia–, se ha trocado y se los ha rebajado a coroto y corotico.

Doy, pues, a coroto y corotico –y a baratija un significado bien determinado, explicitación del trato que se da a los inventos en la vida corriente. Coroto, baratija, es cualquier invento del hombre –sea invento material o espiritual, con cara más o menos evidente de máquina o mecanismo– que lo adquieran y usen los no inventores sin saber su valor: la cantidad y calidad de trabajo material y espiritual acumulado en él por los inventores y ejecutores: los obreros; mas lo adquieran por conocer su precio y para qué le sirven, aunque, de suyo no sirvan para eso. Todos ellos están tratando cual corotos y baratijas, igual a arte que a televisor, teléfono... máquina de coser... método axiomático, organización política...

Los inventos en física, matemáticas, química, computadoras, automatización, organización... van pasando, por obra y desgracia de comerciantes y compradores, a la categoría de novelerias; y antes, a las de novedades, nuevas y noticia. Para hacemos degradar máquina e inventos a baratija y corotico –elegante, distinguido, materia de ciertos cursos de especialización cacareados...– y para deponer los inventos al nivel de noveleria, no hace falta Demonio de alto rango –de la jerarquía de serafín–; basta con vulgares diablejos, tentadores de comerciantes y consumidores, que con tanto provecho los unos, y con tanto gusto los otros se dejan tentar por tales diablejos.

Norbert Wiener –el inventor de la cibernética y gran técnico en automatización– indignase de tal trato dado a estos inventos y autómatas, por las manos de la gente y de «un particular tipo de ingeniero y de organización de ingeniería», y dice que va a designarlo con el nombre de «gadget worshipper», adorador de baratijas, adorador de coróticos.

«I am most familiar with gadget worshipper in my own world, with its slogans of free enterprise and the profit motive» (*God and Golem*, Inc. p. 53).

No hace falta traducirlo al castellano. Su sentido queda clara y largamente explicado en los párrafos anteriores. Pero me hacia falta esta autoridad para reforzar la menguada mía, en este punto, ante ciertos señores no filósofos.

IV

Hemos llegado al final.

Diagnóstico: nuestra época, la actual, la del siglo xx, está, no endemoniada sino endiablada por tres diablejos: egolatria, baratijas y novelaria.

Diablejos, porque los grandes Demonios –tentadores de grandes filósofos, matemáticos y físicos, como Descartes, Laplace y Maxwell– no se dignan a rebajarse hasta tentarnos.

Nos envían diablejos.

Saben los grandes demonios que un ególatra no fundará una filosofía cual la de Descartes o Kant; que un ingeniero mecánico ególatra no va a resultar un Laplace, Lagrange, Carnot, Watt...; que un ingeniero en computadores que sea, como persona, ególatra, egoísta, y que, como profesor, trate los autómatas cual baratijas y coróticos, y a sus teorías básicas las reduzca y explique en forma de novedades y novelaria, no llegará jamás al nivel de un Maxwell, Boltzmann, Wiener.

Que estos: Descartes, Laplace, Maxwell, Wiener, si que llevaban camino de hacer a los hombres dioses –real, gradual y meritoriamente–, sin confiar en la ayuda de demonios y menos de diablejos, y sin pedir auxilio a una ciencia vieja y obsoleta del bien y del mal.

Pronóstico: Al llegar a este punto y tras las consideraciones hechas, no extrañará el lector, amable y paciente, que renuncie a darlo. Empero, para no defraudar enteramente sus esperanzas, acudiré a mis clásicos, a uno de mis clásicos: al Nuevo Testamento. Va a hablar Marcos, el evangelista.

Y llegaron [Jesús y sus discípulos] a la orilla del mar, al país de los Gerasenos. No bien saltado Él de la barca, acudió saliendo de los sepulcros un hombre, poseso de espíritu inmundo. Tenía su domicilio en los sepulcros y nadie podía condenarlo, porque, atado muchas veces con grillos y cadenas, rompía las cadenas o desgastaba los grillos y nadie podía domarlo. Día y noche, en sepulcros y montes, daba grandes gritos y golpeábase con piedras.

Y viendo de lejos a Jesús corrió y lo adoró diciendo: «¿Qué tienes tú que ver conmigo, Jesús, hijo de Dios, el Altísimo. Te conjuro... por Dios que no me atormentes».

Y respondió: «Mi nombre es Legión, porque somos muchos».

Y rogábale esos muchos que no los expulsara del país. Estaba apacentándose allí a la vera del monte, gran rebaño de cerdos. Y le suplicaban diciéndole: «Envíanos a los cerdos para que nosotros entremos en ellos». Y se lo otorgó. Y en saliendo que salieron los espíritus inmundos, se entraron en los cerdos, y echóse el rebaño, unos dos mil, por el precipicio al mar, y se ahogaron en el mar. Y los pastores huyeron y anunciáronlo por la ciudad y los campos. Y vinieron a ver qué había pasado. Y llegaron a Jesús y vieron a endemoniado, al poseso por toda una legión, sentado, vestido y en su juicio, y entróles gran miedo. Y refiriéronselo los que habían visto lo sucedido al endemoniado, y lo de los cerdos. Y comenzaron a rogar a Jesús que saliera del país... (capítulo 5, versos 1-18).

Sirva de parábola tal historia –para la época actual.

Intelligenti pauca –decían los latinos.

Al buen entendedor, pocas palabras –decimos en castellano. Y como a buenos entendedores me dirijo, sobran bastantes de las muchas palabras, más que pocas, de este artículo.